

CERVANTES FRENTE AL *QUIJOTE* APÓCRIFO

LILIA FERRARIO DE ORDUNA
Universidad de Buenos Aires
CONICET

En verdad, habría que plantear un doble y largo camino, que relacionara el *Quijote* Apócrifo de 1614,¹ con el primer *Quijote*, la obra de Cervantes de 1605, y luego, sí, en un segundo momento, debiéramos considerar el segundo *Quijote*, también cervantino, publicado en 1615. Un interés particular despierta este segundo tiempo de creación, pues permite analizar las reacciones de Cervantes ante este Apócrifo que surgió en Tarragona nueve años después de la publicación de la Primera Parte del *Quijote* y al que alude Cervantes, despectivamente por cierto, ya desde el Prólogo al Lector de la *Segunda Parte del Ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha* (recordemos que el título de la Primera Parte incluía «ingenioso Hidalgo» y en la Continuación, una década posterior, ya se lo menciona como «ingenioso Caballero» porque en la mente del protagonista lo es, pues ha sido investido; sin embargo, sabe el lector que no es un verdadero caballero porque la investidura ha sido por escarnio, de modo que no tiene ningún valor). Decía Cervantes en aquel prólogo:

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios

¹ Las citas cervantinas corresponden a Riquer 1967 y Murillo: 1978; las del Apócrifo pertenecen a Riquer 1967 y García Salinero 1987. V. además, Cervantes 1980: 51.

del autor del segundo *Don Quijote*, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla (Riquer 1967: 573),

pero, ciertas afirmaciones lo han ofendido realmente. Luis Andrés Murillo comentaba que «el Prólogo de Avellaneda es todo una hostil impertinencia lanzada contra Cervantes y sus obras» (Murillo 1978: 33). El agraviado lamentaba, por ejemplo:

lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí [en ese momento, Cervantes tenía 67 años], o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron.

Como es sabido, Cervantes se refiere a la famosa victoria del 7 de octubre de 1571, que ya había destacado en el Prólogo a las *Novelas ejemplares* de 1613:

Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros (Cervantes 1980: 51).

Cervantes integraba las fuerzas cristianas al mando de don Juan de Austria quien premió su valor pues, pese a estar enfermo, había intervenido en la batalla contra los turcos. Y a propósito de su limitación física, con torpeza la alude Avellaneda en el Prólogo de su continuación del *Quijote*: «la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una» (Riquer 1967: 1147). En verdad, no era así, no quedó sin la mano izquierda sino que ella había perdido el movimiento. Además, en el Prólogo del Apócrifo, Avellaneda insistía en remarcar la vejez del verdadero autor

del *Quijote*: «pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes y por los años, tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos» (Riquer 1967: 1148). El castillo que menciona era sinónimo de antigüedad y deterioro, pues se supone construido en el siglo XI y estaba en ruinas; por otra parte, el nombre real del castillo situado en Toledo era «de San Servando». En la Dedicatoria de 1615 al Conde de Lemos,² Cervantes incluía palabras amargas, primero le recordaba que le había comunicado en la Dedicatoria de las *Ocho Comedias*, también de 1615, que don Quijote de la Mancha ya estaba con las espuelas calzadas para acudir a besarle las manos. Y comentaba que llegaría molesto porque en Tarragona le habían maltratado, referencia clara al falso *Quijote*. En la Dedicatoria de la *Segunda Parte del Quijote* reitera que el protagonista tenía las espuelas preparadas para partir:

se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio a Vuestra Excelencia, porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe para quitar el hámago³ y la náusea que ha causado otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe (Riquer 1967: 571).

Concretamente, ya ante el *Quijote* apócrifo o el falso *Quijote*, o *Quijote* falsificado, como también es llamado, leemos en su portada que es *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha que contiene la tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas, publicación que se hizo en Tarragona, en casa de Felipe Roberto, 1614. Quién se encubría bajo estos nombres, es interrogante que la crítica no ha respondido con definitiva seguridad, pese a los muchos intentos: así se pensó en Lope de Vega, Quevedo, Ruiz de Alarcón, Salas Barbadillo, Tirso de Molina, entre muchos

² Se trata del séptimo con dicho título, años antes ya había sido elegido por Cervantes para dedicarle las *Novelas Ejemplares*, y más tarde, cuatro días antes de morir, en abril de 1616 le dedicaría *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

³ *hámago*, fastidio, amargor, *amago* síncopa de ‘amargo’, es el nombre de granitos amarillos muy amargos que caen de los estambres de las flores (v. Terreros).

otros. Martín de Riquer es autor de un libro de título significativo: *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*⁴ en el que consideraba que un soldado aragonés había escrito una autobiografía que llamó *Vida y trabajos de Jerónimo de Passamonte*, de 1605, y que es posible que fuera Avellaneda, creador de la engañosa Segunda Parte del *Quijote*. Sobre esta conjetura surgieron algunas dudas, por ejemplo, por parte de Valentín Azcune (1998), cuya opinión quizá tenga vigencia largo tiempo: «posiblemente sea la autoría del llamado *Quijote* apócrifo el mayor enigma bibliográfico de la literatura española» (Azcune 1998: 247).

Esta portada ofrece un caballero totalmente armado y con una lanza en ristre en actitud de dirigirse a un combate, disposición que también evidencia su cabalgadura con las patas superiores levantadas. Pero incluye cierto detalle curioso, no del todo nítido, que obliga a discernir qué arma exactamente empuña este jinete; en principio y quizá guiados por el recuerdo de tantas imágenes similares en la literatura caballeresca, se visualiza una lanza, pero después intuimos que la lectura puede ser engañosa y nos parece válida la interpretación de García Salinero, quien postula que puede ser *una pluma* y así afirmaba que: «se aprecia claramente el corte sesgado de la punta y sus barbillas en la edición de Tarragona» y comentaba que, si lo fuera, «podría *subrayar* que el libro sale con animosidad polémica a justar en el campo de las letras» (García Salinero 1987: 9).

Además, la mencionada portada es rica en otros datos que permiten conocer la voluntad explícita del autor en cuanto a continuar la obra cervantina al referirse a «segundo tomo», «tercera salida» y «quinta parte de sus aventuras», pues el *Quijote* de 1605 está dividido en cuatro Partes que Avellaneda pretende seguir. Más aún, esa división es un

⁴ Por la investigación de Riquer, se sabe que Gerónimo de Passamonte había nacido en abril de 1553 –según la fe de bautismo que se registra entre las partidas de ese tiempo–, combatió en Lepanto como Cervantes y coincidió con éste desde mediados de 1571 hasta 1572. Su cautiverio fue más prolongado que el de Cervantes, que duró cinco años, mientras que el del presunto modelo real del personaje cervantino se extendió durante 18 años. Advierte Riquer que sería útil saber «qué relación existió entre ellos, y sobre todo si los separaron peleas y rencillas tan frecuentes entre la soldadesca» (p. 23).

claro eco del estilo de los libros de caballerías cuyos exponentes presentaban su materia narrativa muy extensa agrupada en Libros o Partes que, en algún caso llegan a ser varias, y que abrían la posibilidad de redactar una Continuación (así *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Olivia*, *Belianís de Grecia*, etc.). En muchos aspectos, el referente del *Quijote* Apócrifo es la literatura caballeresca, curiosamente con un detenimiento particular en *Belianís de Grecia* y considero que llama la atención porque también ha sido lectura favorita de don Quijote y, de algún modo, de Cervantes quien en el donoso y conocido escrutinio de la biblioteca -en el capítulo sexto del *Quijote* de 1605- lo salva de ser enviado al fuego como ocurrió a tantos representantes del mismo género. Se ha discutido acerca del conocimiento directo que Avellaneda pudo haber tenido de los libros de caballerías o a través de la obra cervantina, pues, en ocasiones, demuestra su ignorancia cayendo en errores que, por cierto, no pertenecen, ni pudieron pertenecer al auténtico *Quijote*. Así, en el capítulo segundo, Avellaneda nombra al «Caballero del Pueblo», según aparece en la edición príncipe del Apócrifo que, por la mención que sigue «y su hermano Rosicler» se reconoce como el protagonista del *Espejo de Principes y caballeros [El Caballero del Febo]*, la obra de Diego Ortúñez de Calahorra publicada en los talleres tipográficos de Esteban de Nágera de Zaragoza en 1555. Esa equivocación de Avellaneda, o errata de la imprenta de Nájera, es corregida por Martín de Riquer en su edición (p. 1162), error que también aparece salvado en la edición de García Salinero ya nombrada. No tuvieron la misma fortuna otras inexactitudes que siguen editándose: así en el mismo pasaje cuando el Apócrifo alude a «Belianís de Grecia y su hijo Esplandián», las ediciones posteriores no rectifican que Esplandián era hijo de Oriana y Amadís de Gaula, y héroe caballeresco de no menor importancia ya que Rodríguez de Montalvo lo hace protagonizar las conocidas *Sergas*; tampoco se aclara que Belianís y Florisbella son padres de Belflorán de Grecia. De igual modo, pocos párrafos después, en el texto de Avellaneda, don Quijote nombra a «*Perineo* de Persia», nuevo desacierto importante que revela el desconocimiento del escritor ‘natural de Tordesillas’ de este libro de caballerías del burgalés Jerónimo Fernández, protagonizado por Belianís de Grecia, cuya publicación coincidió con el año del

nacimiento de Cervantes: 1547, obra conocida y, reitero, valorada por éste y muy leída y estimada por don Quijote, quien, por eso, no podría confundir nunca el nombre de un personaje de intervención destacada a lo largo de toda la narración: era *Periano*, el príncipe de Persia, enemigo constante de Belianís de Grecia. Otra causa, aunque poco probable, de estas burdas equivocaciones, podría relacionarse con la voluntad de Avellaneda de desprestigiar al héroe creado por Cervantes, ridiculizándolo y, en algunas situaciones presentándolo como un personaje verdaderamente necio. Sea como fuere: si Avellaneda conocía directamente el género caballeresco, o ‘de oídas’, lo cierto es que en el comienzo del capítulo primero del Apócrifo se lee: «El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que [...] entre ciertos annales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida» de don Quijote y, efectivamente, este sabio Alisolán cumple la función que en la obra de Cervantes tenía Cide Hamete Benengeli, pero con gran diferencia porque, en verdad, sólo esta vez aparece su nombre; más adelante, en el capítulo 25 se lo alude a propósito de las coplas a una dama llamada Ana escritas por un estudiante y Avellaneda, al reproducirlas, se adjudica la función de traductor. En la literatura caballeresca, es frecuente que el narrador sea un sabio o mago, verdadero *deus ex machina*, protector o figura nefasta y por eso, Cervantes lo utiliza, baste recordar también el principio de *Belianís de Grecia*: «Cuenta el sabio Fristán...».

García Salinero señala que el *Quijote* Apócrifo ha sido construido con toda precisión, es de estructura tripartita ya que sus tres partes son de extensión semejante e incluyen el itinerario de ida y vuelta que se desenvuelve por el mismo camino, en tres etapas: principio de la aventura y la marcha hacia Zaragoza, comienzo del regreso e interpolación de dos novelas cortas con la aparición de Bárbara; y el retorno, al que sigue la conclusión.

Las menciones al *Quijote* Apócrifo irrumpen con toda claridad, desde el capítulo 59 del *Quijote* cervantino de 1615 hasta el capítulo 74, definitivamente último de la obra. Y señalo que *con toda claridad* porque hay además ciertas observaciones y reflexiones dispersas, donde se ha querido descubrir referencias al falso *Quijote* y en las que nos detendremos después.

Don Quijote y Sancho se encontraban rumbo a Zaragoza para asistir a unas justas: después del encuentro con una «pastoril Arcadia» formada por doncellas con vestidos de «zagalas y los mancebos de pastores», fueron embestidos por toros bravos que eran llevados para una corrida al día siguiente, y sufrieron las caídas y golpes a que el lector de la obra está acostumbrado. Poco después, retomaron el camino y «una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron» les brindó un momento de reposo, durante el cual Sancho dio rienda suelta a su glotonería, y don Quijote no pudo probar bocado, «de puro pesaroso», explica Cervantes (Riquer 1967: 1027). Pero, importa señalar el comienzo del diálogo que mantienen los personajes, quienes, a su modo, idealista y melancólico el caballero, rústico y práctico, el criado, quintaesencian las dos posiciones vitales:

-Come, Sancho amigo –dijo don Quijote-, sustenta la vida, que más que a mí te importa, y déjame morir a mí en manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acoceado y molido, de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita en todo la gana de comer, de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

-Desa manera -dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa-, no aprobaré vuestra merced aquel refrán que dicen «Muera Marta, y muera harta». Yo, a lo menos, no pienso matarme a mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuestra merced, y créame, y después de comido, échese a dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo más aliviado (Riquer 1967: 1027-1028).

Es de recordar además que antes de que se produzca la verdadera y total vuelta a la cordura del protagonista, cuenta Cervantes que más tarde:

volvieron a subir y a seguir su camino, dándose prisa para llegar a una venta que, al parecer, a una legua de allí se descubría

Y el narrador agrega:

Digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos (Riquer 1967: 1029).

Desde luego, este proceso merece la aprobación de Sancho quien agradecía al cielo que don Quijote hubiera reconocido la venta, sin imaginarla castillo.

Precisamente, en esta venta que el narrador ubica en la segunda parte del capítulo 59, se desarrolla la primera de las numerosas secuencias que justifican el título de esta exposición: «Cervantes frente al *Quijote Apócrifo*». Allí, instalado don Quijote para cenar, oyó decir desde la habitación contigua:

-Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que trae la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió: -¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

-Con todo eso -dijo don Juan-, será bien leerla, pues no hay libro tan malo, que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desamorado de Dulcinea del Toboso.

Y aquí fue la reacción de don Quijote:

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo: -Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna (Riquer 1967: 1031).

Los que estaban muy cerca preguntaron de quién se trataba y así se comprobará la fama del protagonista: «-¿Quién ha de ser –respondió Sancho- sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere?». Y luego,

entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno dellos echando los brazos al cuello de don Quijote, le dijo: -Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero le tomó don Quijote (Riquer 1967: 1031-1032).

Destacamos aquello de «dos caballeros, *que tales lo parecían*», comentario irónico del narrador omnisciente que sabe que todo es burla.

Cervantes nos lo presenta, por un rato silencioso pasando las páginas, hasta que volviéndose hacia los que estaban allí a la espera de su inmediata reacción, comenzó a decir: «En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera, es algunas palabras que he leído en el prólogo»

Nada más agrega sobre ellas, pero al conocedor y lector del Apócrifo, no le resulta difícil entender, según hemos visto, qué palabras pueden ser para don Quijote «dignas de reprehensión». En cuanto a las dos restantes, discretamente menciona que el lenguaje utilizado por Avellaneda «es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos» y que

llama a la mujer de Sancho, Mari Gutiérrez, y no por su nombre legítimo, Teresa Panza, y añade con sorna: «y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia» (Riquer 1967: 1032).

Es decir que advierte al lector veladamente que los elementos que enumera son irrelevantes, y del único que, sí, lo hiere, nada se puntualiza, se trata de palabras que quizá merecieran castigo porque la verdad es que en ese prólogo se lo ha calumniado y despreciado, por su edad y su limitación física sin valorar la gesta heroica en la que participó, causante de su invalidez. La realista interrupción de Sancho anula toda posible melancolía:

-¡Donosa cosa de historiador! ¡Por cierto, bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama a Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne a tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre.

-Por lo que he oído hablar, amigo -dijo don Jerónimo-, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote.

-Sí soy -respondió Sancho-, y me precio dello.

-Pues a fe -dijo el caballero- que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntraos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe (Riquer 1967: 1033).

Recordemos el justo comentario de Riquer: «Uno de los mayores desaciertos de Avellaneda está en la figura de Sancho, que convierte en un ser soez, estúpido, sucio y glotón» (ed. cit. 1967: 1033, nota 12).

Más tarde, durante la cena, don Juan preguntará a don Quijote sobre Dulcinea, «si se acordaba de sus amorosos pensamientos», a lo que firmemente responde: «mis pensamientos más firmes que nunca», pero «su hermosura, en la de una soez labradora transformada» y cuenta todo lo que él imagina, que Dulcinea fue encantada y sólo dejará su burdo estado actual cuando Sancho cumpla «el escuderil vápulo», según lo ordenado por el sabio Merlín: el hechizo de que ha sido víctima Dulcinea ya no tendrá efecto cuando Sancho se castigue con «tres mil azotes y trecientos», como informan los versos del capítulo 35. Éste se indigna y enoja por lo mal que lo ha descrito Avellaneda:

Yo querría –se lamenta- que ya que me llama comilón [...], no me llamase también borracho.

-Sí llama –dijo don Jerónimo-; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además, mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.

-Créanme vuestras mercedes –dijo Sancho- que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado; y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho.

-Yo así lo creo –dijo don Juan-; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles.

-Retrátame el que quisiere –dijo don Quijote-, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

-Ninguna –dijo don Juan- se le puede hacer al señor don Quijote de quien él no se puede vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que, a mi parecer, es fuerte y grande.

Insistieron a don Quijote que leyera más del libro, pero él no aceptó, «diciendo que él lo daba por leído y lo confirmaba por todo necio, y que no quería, si acaso llegase a noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que lo había leído; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos» (Riquer 1967: 1034-1035).

La consecuencia importante del diálogo es que cuando don Juan y don Jerónimo se despidieron de don Quijote y Sancho, «verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés».

Don Quijote planeaba dirigirse a justas en Zaragoza, pero don Juan le comunicó que aquella continuación contaba que don Quijote había intervenido en ellas, por lo que éste rápidamente decidió «no poner los pies en Zaragoza», cambiar de rumbo para que los lectores supieran que no era «el don Quijote que él dice». Entonces, lo instaron a acudir a otras justas, para lo cual quiso saber «cuál era el más derecho camino para ir a Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de

sacar mentiroso aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba» (Riquer, 1967: 1037).

La aparición de diversos personajes matiza la narración, son ficticios, también históricos, como el célebre bandolero Pedro Roca Guinarda, nombre que Cervantes castellaniza como Roque Guinart, de quien alaba *su cortesía y liberalidad* y que será utilizado para difundir la celebridad del protagonista al escribir una carta en la que contaba cómo «estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían, y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo» (Riquer 1967: 1049).

Cervantes, observador atento, anota todo detalle, aunque mínimo, de cada situación y ambiente, así ocurre con los personajes ya célebres que salidos de «un lugar de la Mancha», llegan en el capítulo 61 a la playa de Barcelona donde

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto; vieron las galeras que estaban en la playa [...]

La descripción continúa largamente, asombran gallardetes y banderines, el espectáculo con tanto movimiento colorido regocija y admira a don Quijote, quien es recibido por el destinatario de la noticia que había enviado Roque Guinart y en sus palabras no faltará el comentario sobre el falso *Quijote*:

Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores.

El orgullo de don Quijote se acrecienta cuando los caballeros que se acercaron,

comenzaron a hacer un revuelto caracol al derredor de don Quijote, el cual, volviéndose a Sancho, dijo:

-Éstos bien nos han conocido: yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa (Riquer 1967: 1051).

Más adelante, la llegada del presunto Caballero de la Blanca Luna ocasionará la desastrosa derrota de don Quijote cuando en la playa, una mañana, don Quijote, que estaba armado de todas sus armas, «porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear» -por segunda vez, se incluyen estos versos de un romance publicado en el *Cancionero de Amberes*, que, en la *Primera Parte...* de 1605, capítulo 2, dice don Quijote al ventero (Riquer, 1967: 44)-, vio venir hacia él un caballero también armado por completo con un escudo que llevaba pintada una luna y que le dijo:

-Insigne caballero y jamás como se debe alabado don Quijote de la Mancha, yo soy el Caballero de la Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad si tú la confiesas de llano en llano, escusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que dejando las armas y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma (Riquer 1967: 1077).

Anticipaba, al presentar al Caballero de la Blanca Luna, que él ocasionaría la desastrosa derrota del protagonista y, ciertamente, se produjo porque el Caballero de la Blanca Luna con más agilidad que don Quijote lo hizo caer con Rocinante y le ordenó, según lo pactado que, ya que había sido vencido, se retirara a su lugar por un tiempo. La explicación de lo ocurrido, sólo aparece páginas después, en el capítulo 70, en el que, como en otra ocasión, aparecen los distintos planos de autoría y Cervantes otorga toda la responsabilidad de la narración al escritor arábigo; así, mientras dormían:

quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió a los duques a levantar el edificio de la máquina referida; y dice que no habiéndosele olvidado al bachiller Sansón Carrasco cuando el Caballero de los Espejos fue vencido y derribado por don Quijote [...] buscó nuevas armas y caballo y puso en el escudo la blanca luna (Riquer 1967: 1109),

y partió hacia el castillo del duque, quien ideó una nueva burla: hacer morir fingidamente a Altisidora que fue colocada sobre un túmulo, como si hubiera abandonado la vida por no obtener el amor de don Quijote. Finalmente, aparece el juicio de Cervantes, el verdadero autor: «Dice más Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos». Sin embargo, súbitamente Altisidora aparece en el aposento de don Quijote, finge haber vuelto a la vida, y Sancho le pregunta: «-¿qué es lo que vio en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno?» (Riquer 1967: 1111), ella responde que no debió morir del todo pues no entró en el infierno, que llegó a la puerta donde cerca de doce diablos jugaban a la pelota y una curiosidad era que en lugar de pelotas, usaban libros. Explica concisamente que «a uno dellos, nuevo, flamante y bien encuadernado, le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo a otro: «-Mirad qué libro es éste» Y el diablo le respondió: «-Ésta es la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas». «-Quitádmelo de ahí» -respondió el otro diablo- «y metedle en los abismos del infierno: no le vean más mis ojos». «-¿Tan malo es?» -respondió el otro. «-Tan malo» -replicó el primero-, «que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara». «Prosiguieron su juego, peloteando otros libros, y yo, por haber oído nombrar a don Quijote, a quien tanto adamo y quiero –continúa contando Altisidora- procuré que se me quedase en la memoria esta visión.» «-Visión debió de ser, sin duda -dijo don Quijote-, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano [...] Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico

por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero, si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino» (Riquer 1967: 1112).

Como bien se sabe, lentamente, el protagonista recupera la cordura y sensatez y reconoce la verdadera identidad de los lugares sin las modificaciones que su mente enferma le hacía creer. Explica Cervantes que se detuvieron en un mesón y don Quijote lo distinguió sin pensar que fuera castillo porque después de ser vencido, tenía más discernimiento. Allí llegó un caballero granadino que resultó ser don Álvaro Tarfe, aparente creación de Avellaneda, en todo caso, no de Cervantes, por lo que la réplica de don Quijote fue inmediata: «-Sin duda alguna, pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la *Historia de don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno». «-El mismo soy», dirá Álvaro Tarfe, y considera que don Quijote ha sido *grandísimo amigo suyo*. Le pregunta después el interesado: «-¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote?» , tras la respuesta negativa, «-y ese don Quijote -dijo el nuestro-, ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?» (Riquer 1967: 1122-1123).

Con la llegada de don Álvaro, se repite la situación ya presentada anteriormente, en la que actúan los seres de la ficción ante sí mismos, esta verdadera escena en que cada uno destaca sus méritos, termina en el caso de Sancho con el elogio sin límites de las virtudes propias y de su amo, así dice: «todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño», mientras que don Quijote concluye su parlamento reafirmando la seguridad de ser quien dice la fama, por lo que pide que Álvaro Tarfe declare ante el alcalde que es la primera vez que lo ha visto «y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció» (Riquer 1967: 1123-1124). Y así se hizo.

El final se precipita; con el paso de los días, «melancolías y desabrimientos» acababan a don Quijote, con el consiguiente dolor y lágrimas de Sancho, quien en el último capítulo así pedía: «¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida

es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía» (Riquer 1967: 1135).

Como anteriormente, en el capítulo 67, Cervantes había contado que don Quijote después de ser derrotado, pensaba dedicarse -«en el tiempo en que debía retirarse a su lugar»- a imitar la *pastoral Arcadia* y sugería nombres para cada uno: él sería el pastor Quijotiz; Sancho, el pastor Pancino; el bachiller Sansón Carrasco, el pastor Sansonino o el pastor Carrascón..., Sancho procura hacerle retomar ese proyecto, diciéndole:

Mire no sea perezoso, sino levántese desu cama y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana (Riquer 1967: 1135-1136).

Pero nada de esto importa ya a don Quijote, quien, por el contrario, dijo: «vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy agora como he dicho, Alonso Quijano el Bueno» (Riquer 1967:1136), y sólo procura dejar ordenados sus bienes y saldadas sus deudas. Suplica a sus albaceas que si conocen «al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos» (Riquer 1967: 1136).

Por último, las palabras finales se adjudican a la pluma de Cide Hamete y nuevamente Cervantes se alza contra el Apócrifo y su autor y hace decir a la pluma: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió [...] a escribir

con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero... » (Riquer 1967: 1138).

Había dicho al comienzo que las menciones al *Quijote* Apócrifo aparecían explícitamente desde el capítulo 59 del *Quijote* cervantino de 1615 hasta el capítulo 74, último de la obra. Y digo *explícitamente* porque hay también observaciones y comentarios a lo largo de esta *Segunda Parte* que, para algunos críticos, encierran referencias e influencias del *Quijote* de Avellaneda. Es especialmente Alfonso Martín Jiménez quien sostiene que Cervantes conocía el texto del llamado Apócrifo mucho antes de su publicación en 1614, gracias a la lectura del manuscrito y, según afirma en «De Avellaneda y Avellanedas», muestra la clara intención «de servirse en todo momento de la obra apócrifa para construir la suya» (Martín Jiménez 2006: 374}, y muchos episodios, según él, recuerdan o parodian similares creados por Avellaneda. Anteriormente, había estudiado distintos aspectos del Apócrifo: *El 'Quijote' de Cervantes y el 'Quijote' de Pasamonte, una imitación recíproca*, 2001; *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, 2005.

También en el mismo número de esa publicación, *Edad de Oro, XXV*, se lee un trabajo del catedrático de la Universidad de Valladolid, Javier Blasco, de título elocuente, «Notas sobre un artista del fraude y del engaño: Avellaneda», 2006, en que demuestra la impostura de la portada. Blasco no censura que retomara una historia inventada por otro pues el Renacimiento justificaba y propiciaba esas continuaciones, «sí que resulta llamativo que el imitador arremeta de manera tan cruel e inmisericorde contra el autor al que pretende dar réplica. Y eso, justamente, es lo que hace Avellaneda. Sin renunciar a beneficiarse de la popularidad del libro de Cervantes, desde la primera página el autor apócrifo desata un ataque despiadado contra el alcaláino» (Blasco 2006: 118). Además, sigue afirmando que «el verdadero crimen de Avellaneda reside, a mi entender, en el hecho de que, para enmendarle la plana al autor que imita, el imitador tenga que recurrir -como recurre- al asesinato moral de Miguel de Cervantes; y, en todo caso, el verdadero crimen del falso *Quijote* radica en la cobardía (disfrazada bajo el hábito de una moralina de dómine hipócrita) de quien, para justificar sus insultos y maledicencias, necesita el refugio del anonimato

y del ocultamiento, pues, como en 1615 le reprochará Cervantes, ‘no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad’ («Prólogo», *Quijote*, II)» (Blasco 2006: 119). Por otra parte, Blasco demuestra, según los datos aportados por Francisco Vindel, quien había analizado más de tres mil portadas de libros españoles de la época, que el Apócrifo no se publicó en Tarragona ni en la imprenta de Felipe Roberto, pues ésta no tenía los tipos que aparecen en la portada del Apócrifo, que pertenecerían a los talleres de Sebastián Comellas de Barcelona. Por otra parte, la ausencia de la tasa indica que el libro no había pasado por los controles del Consejo Real. En definitiva, estamos ante «toda una obra de arte de la falsificación» (Blasco 2006: 125).

Otros críticos también disienten de las afirmaciones de Alfonso Martín Jiménez y argumentan que «la circulación del manuscrito del *Quijote* de Avellaneda está lejos de ser un hecho probado» y que una posible difusión de la obra en la primavera de 1613, tampoco hubiera dejado el tiempo suficiente para redactar toda la *Segunda Parte* (Anderson y Pontón 2004, *apud* Martín Jiménez 2006: 372).

De cualquier modo, se coincida o no con las opiniones de la crítica, lo cierto es que en la *Segunda Parte del Ingenioso Caballero...* que Cervantes publicó en 1615, ya conocedor de la burda continuación, destacó los defectos de ésta con el mejor de los recursos al contraponer la torpe inhabilidad de aquellos personajes a la nobleza e inolvidable autenticidad de los suyos. En el Apócrifo, a causa de la incapacidad del autor o por voluntario deseo, se cae con frecuencia en la crudeza innecesaria y desagradable, mientras que Cervantes, además de describir el mundo de fantasía quijotesca, también refleja la realidad, pero también ofrece, sin embargo, insinuaciones y sugerencias que no aparecen nunca en la obra de Avellaneda. Según los acertados conceptos de Riquer, la lectura del Apócrifo «consigue realzar la invención, la gracia y la genialidad del *Quijote* de Cervantes, que por más esfuerzos que hagamos, no podemos olvidar mientras leemos sus páginas, cotejo, muchas veces casi inconsciente en el que el continuador siempre sale perdiendo» (ed. cit., p. XCVIII).

Lucía Megías recuerda que en los primeros años del siglo XVII, «los libros de caballerías que se leían, los que aún gozaban del predicamento

del público eran los que habían otorgado protagonismo al entretenimiento [...] La mezcla de géneros, el buscar en la síntesis la fórmula ideal para agradar al mayor número de lectores [...] desde el engaño y el disfraz hasta el papel cada vez más protagonista de sabios y magos, que llegan a convertir a los caballeros y damas en meras piezas de un gran tablero de juego, desde la altivez cortesana a la presencia de personajes secundarios, que se salen fuera de las normas establecidas, son elementos que dominan en el modelo de los libros de caballerías que se leían, que se escribían y que se disfrutaban en los saraos de la nobleza, en las habitaciones de la corte o en las ventas de los caminos en aquel momento. En este contexto, que no en el que ve nacer el *Amadís de Gaula*, la publicación del *Quijote* de Miguel de Cervantes tuvo que causar una sensación similar: estaban leyendo «algo conocido (las aventuras -en este caso, humorísticas- de un caballero, las aventuras típicas y tópicas de un caballero andante junto a su escudero), pero a su vez, era algo distinto: ni el caballero era tal ni las aventuras terminaban como se esperaba. El *Quijote*, como libro de caballerías, puede calificarse como una «feliz síntesis» de la tradición caballeresca del siglo XVI; pero al mismo tiempo nace partiendo de unas nuevas pautas expresivas, narrativas e ideológicas, [...] los caminos del sincretismo terminan por confundirse en el *Quijote*: un libro de caballerías que, escrito teniendo en cuenta la literatura de entretenimiento triunfante en su momento, vuelve sus ojos al ‘sujeto, sentido y finalidad’ que ofrece el *Amadís de Gaula*, dando como resultado el libro de caballerías más realista, más verosímil de los que se hayan escrito. Idealismo, realismo y entretenimiento se dan cita en el texto cervantino, tres de las grandes líneas de evolución y transformación del género caballeresco a lo largo del siglo XVI» (Lucía Megías 2006: 367-368).

Además, el verdadero *Quijote* revela toda la creatividad de su autor, no sólo en el uso perfecto y exacto de la lengua, y en la caracterización de los seres de ficción, sino también en el manejo novedoso de la materia narrativa: por una parte, al hacer encontrar a los personajes ‘reales’ de la obra con sus dobles, envilecidos por la pluma de Avellaneda, y por otra, al describir peripecias y situaciones de un modo tal que pareciera desbordar los límites genéricos y puede creer el lector que ha dejado de enfrentar una auténtica narración para recorrer

caminos teatrales. Varios son los ejemplos de este tratamiento, pero no hay tiempo ya para analizarlos, sólo me permito sugerir una nueva lectura del capítulo 59 con estas pautas que pueden permitir imaginar un escenario donde un «sutil tabique», como lo califica Cervantes, separa los dos recintos por el que los personajes se comunican y luego entran por la puerta de uno de ellos y se reúnen para cenar...

Si alguien ha hablado de 'la fiesta del pensar', podríamos también considerar 'la fiesta del leer', en este caso, de leer el *Quijote*, el inimitable y que cuando es remedado, el resultado sólo muestra la jerarquía única del arte cervantino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDERSON, Ellen M. y PONTÓN, Gonzalo (2004), «La composición del *Quijote*» [...], *apud* Alfonso Martín Jiménez (2006) art. cit., p.372.
- AZCUNE, Valentín (1998), «Avellaneda no es Passamonte», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, XVI, pp. 247-254.
- BLASCO, Javier (2006), «Notas sobre un artista del fraude y del engaño: Avellaneda», *Edad de Oro*, XXV, pp. 117-127.
- CERVANTES, Miguel de (1967), *Obras Completas I. Don Quijote de la Mancha* seguido del *Quijote* de AVELLANEDA. Edición, introducción y notas de Martín de RIQUER, Barcelona, Editorial Planeta.
- CERVANTES, Miguel de (1978), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición, introducción y notas de Luis Andrés MURILLO. I-II. Madrid, Clásicos Castalia.
- CERVANTES, Miguel de (1980), *Novelas Ejemplares*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso (1987), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*. Edición, introducción y notas de Fernando GARCÍA SALINERO. Madrid, Clásicos Castalia.

- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel (2006), «*Don Quijote*, el mejor libro de caballerías jamás escrito», *Edad de Oro*, XXV, pp. 359-369.
- MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso (2001), *El 'Quijote' de Cervantes y el 'Quijote' de Pasamonte, una imitación recíproca*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos.
- (2005), *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2006), “De Avellaneda y Avellanedas”, *Edad de Oro*, XXV, pp. 371-407.
- RIQUER, MARTÍN DE (1988), *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*. Barcelona, Sirmio.
- TERREROS y PANDO, Esteban de (1987), *Diccionario Castellano con las voces de ciencias y artes* (edición facsimilar). Madrid, Arco Libros.